

CANTARELLA, E., *Pasado próximo. Mujeres romanas de Tácita a Sulpicia*, Eds. Cátedra, Madrid, 1997, 220 pp.

M^a Isabel Núñez, a través del Instituto de la mujer y la Universidad de Valencia, no ofrece la edición española de esta obra publicada por Giangiacomo Feltrinelle Editore en 1996.

Se trata de un nuevo acercamiento al mundo antiguo a través del papel femenino, que representa una de las principales líneas de trabajo de esta autora, como muestran los títulos de sus trabajos, algunos de los cuales han conocido ediciones en nuestro país (*La calamidad ambigua*, 1991, *La mujer romana*, 1991, *Según natura*, 1991).

Como leemos en la contraportada «este libro supone un convincente cuadro de la condición femenina entre la sociedad republicana y la época augústea» y se divide en dos partes; la primera titulada «Orígenes de Roma» analiza los escasos datos que los escritores proporcionan acerca de la mujer en este período, datos que rozan la leyenda y la mitología. La escritora dibuja este período en torno a un tema: el «silencio femenino» que entiende como «el silencio impuesto por los romanos a las mujeres ya desde el mismo momento en que éstos dieron vida a la organización ciudadana». Esta primera parte se abre, a modo de introducción, con la historia de la diosa Tacita Muta —la ninfa a la que Júpiter arrancó la lengua por haber contado lo que no debía, adorada como diosa del silencio y representativa, por tanto, del silencio y subordinación femeninos— y se continúa con el primer capítulo «A la búsqueda del poder perdido», en el que se exponen una serie de argumentos que intentan rebatir las teorías de quienes han tratado de demostrar un cierto poder femenino, e incluso hablan de una sociedad matriarcal, en las comunidades indoeuropeas y pueblos itálicos (latinos, etruscos, sabinos). Nuestra autora emprende este camino a través de la reinterpretación de los mismos datos, que sirvieron de base a esos otros estudios para elaborar las citadas teorías; son las leyendas que nos ponen en contacto con las historias de Tanaquil, Lavinia, la chica de Ardea, Ersilia, Camila y Clelia. Una nueva lectura que ve en las leyendas con protagonistas femeninos

una simbología y el reflejo de una serie de ritos que marcaban las diversas etapas de la vida de la mujer, sin conexión con cualquier tipo de poder femenino que la autora de este libro parece empeñada en desmentir.

La segunda parte se titula «La ciudad» y se divide en dos capítulos: «La época arcaica» y «La emancipación» y, en palabras de su autora, «trata de recoger los cambios producidos en la condición femenina a partir de la consideración de la nueva libertad de palabra de que disfrutaron las mujeres en aquellos siglos», entresacando los datos de entre los testimonios aportados por los autores, todos hombres.

Centrada ya en el mundo romano propiamente dicho y fiel a la consigna de que el supuesto poder femenino no existió en la sociedad romana de los tiempos más antiguos, Cantarella nos habla —en el capítulo «La época arcaica»— del silencio de la mujer, de su casi anonimato y de su relegación a las tareas del hogar, al cuidado de la familia y a la observación de las que se consideraban sus principales virtudes: «la castidad, la reserva, la modestia, la piedad»; y lo hace a través del pormenorizado análisis de la onomástica femenina, de la explicación de la simbología extraída de las historias de Lucrecia, Horacia y Virginia y del estudio de las normas jurídicas que convertían a la mujer en propiedad del padre, tutor o marido con derecho incluso sobre su vida.

En «La emancipación» pasamos progresivamente del silencio a la voz, pues se aborda un período en el que la mujer va adquiriendo un mayor poder y autonomía reflejados en una serie de normas jurídicas, que establecen claras diferencias con respecto a la época arcaica, en cuestiones tales como el matrimonio o el derecho sucesorio. Estos hechos se explican por una serie de acontecimientos derivados de la propia expansión del Imperio romano, como por ejemplo, el hecho de que los hombres estuviesen ausentes durante mucho tiempo, en las continuas guerras que marcaron los primeros siglos de nuestra era. Como consecuencia de esto, las mujeres tuvieron que asumir una serie de poderes que antes ostentaban los hombres a los que estaban totalmente sometidas, lo que hizo de ellas —en muchos casos— mujeres independientes y dueñas de importantes patrimonios, pero también —en otros muchos— mujeres que —desde el punto de vista del sexo contrario— se excedieron en sus funciones y son muy criticadas o por lo menos motivo del estupor masculino, como lo demuestran los casos que nos narra Cantarella en los apartados dedicados a las mujeres abogado.

La autora de este libro termina con la narración de las historias de algunas mujeres significativas por un lado, de los aspectos más tradicionales de la sociedad romana, y por otro de la voz y los hechos de una emancipación. Así, nos encontramos con Marcia y Turia que representan la observación de normas y modelos, es decir, «la consigna del silencio» frente a la vida de la rebelde Clodia, la que se niega a aceptar las normas, retratada por la subjetividad de un hombre enamorado, Catulo, o la de Sulpicia, importante por ser la única cuya voz femenina ha llegado a nosotros.

En conclusión, en este libro se nos describe «un mundo de valores marcado por los hombres», como lo define la traductora de esta obra, en el que se encuentra la mujer sumisa y callada que ayuda con la educación de sus hijos a la consolidación del poder patriarcal, la heroína con cuyo gesto se afianza el poder del marido o de la patria y por último la que se atrevió a hablar por sí misma, de las que la poetisa Sulpicia es la representante más genuina, por ser la única de la que conservamos testimonios directos: su obra poética. He aquí la simbología que se esconde en el título de la obra: «de Tácita a Sulpicia», es decir, de la negación de la palabra a «la única que nos habla de sí sin mediaciones masculinas».

Una obra, en fin, dedicada no sólo al especialista (a éste se dirigen las abundantes y prolíficas notas, así como la bibliografía final), sino también al gran público que, en la lectura seguida del texto, recibe múltiples sugerencias sobre temas de la más rabiosa actualidad, que permiten enlazar las cuestiones que preocupan y dirigen a la mujer de hoy, con las de una mujer que efectivamente se encuentra en un pasado muy próximo. He aquí, sin duda, un importante logro de la profesora Cantarella.

MARÍA DEL SOCORRO PÉREZ ROMERO